

Geografía y geografía política: evolución y diversificación de paradigmas

Recibido 07/08/2025

Aceptado 21/10/2025

Geography and Political Geography: Evolution and Diversification of Paradigms

José Orellana Yáñez

<https://orcid.org/0000-0002-6342-7664>
jorellanay@gmail.com
Profesor en la Facultad de Gobierno de la Universidad de Chile. Profesor en la Facultad de Ciencias Sociales y Artes de la Universidad Mayor. Doctor en Estudios Americanos.

Ignacio Pozo Paillán

<https://orcid.org/0000-0001-6123-5223>
ignacio.pozo@usach.cl
Doctorando en Estudios Americanos, Instituto de Estudios Avanzados, Universidad de Santiago de Chile.

Resumen

El artículo recoge, algunas interpretaciones de la evolución del objeto de estudio de la geografía política y geopolítica. Se constata la superación del enfoque ratzeliano que centra la geografía en el estudio del Estado. Asimismo, se evidencia la tensión que aún persiste entre la geografía política y geopolítica, favorecida por la existencia del enfoque crítico. Además, se exponen sinópticamente los alcances y limitaciones desde Latinoamérica para densificar conceptos y teorías desde la geografía política y geopolítica. En términos metodológicos, se utiliza el método de análisis de contenido, permitiendo la revisión e interpretación de las fuentes consultadas, de los cuales se recogen enfoques, teorías y conceptos que den cuenta de la evolución disciplinar. Entre las conclusiones se encuentra la inexorable evolución del objeto de estudio, la cual ha diversificado su enfoque y alternativas analíticas, incluida la perspectiva latinoamericana, en un contexto de transición del sistema internacional.

Palabras claves: geografía, geografía política, espacio geográfico, geopolítica

Abstract

This article, presents several interpretations of the evolution of the object of study in political and geopolitical geography. It confirms the overcoming of the Ratzelian approach, which centers geography on the study of the state. Likewise, it highlights the ongoing tension between political and geopolitical geography, exacerbated by the critical approach. Furthermore, it synoptically outlines the scope and limitations of Latin America in developing concepts and theories within political and geopolitical geography. Methodologically, the article employs content analysis, allowing for the re-

view and interpretation of consulted sources, from which approaches, theories, and concepts are gathered that account for the discipline's evolution. Among the conclusions is the inexorable evolution of the object of study, which has diversified its focus and analytical alternatives, including the Latin American perspective, within a context of international system transition.

Keywords: geography, political geography, geographic space, geopolitics

1. Introducción

La geografía —disciplina científica adscrita a las ciencias sociales, en el entendido que su preocupación analítica se encuentra en las interrelaciones entre las personas organizadas y sus entornos físicos, pero también humanos cuando han modificado el entorno natural— tuvo que realizar un tránsito epistemológico similar al resto de las ciencias sociales, comprometiendo, sino todas, una gran cantidad de especificidades analíticas de su preocupación. En específico, la geografía política, contenida en la geografía humana ha sido testigo de las múltiples tensiones a las que se hace referencia en el desarrollo del artículo (Frutos, 1986).

Este saber político espacial abordado por la geografía política tuvo su momento de institucionalización originaria, como lo indican varios autores (Talledos, 2014; Cairo Carou, 1997; López Trigal y Benito Del Pozo, 1997; Estenssoro y Orellana, 2021), cuando al Estado se le denominó y entendió como lugar geográfico de primer orden, no sólo a analizar, sino que también a fortalecer y, en alguna oportunidad de su desarrollo histórico, expandir más allá de los límites conocidos por el mismo, no como mero mecanismo de defensa, sino que también como una voluntad política del grupo humano que se encuentra al interior del mismo. Así, esta geografía política, será denominada la Geografía Política del Estado, la cual en esa línea tuvo su máximo desarrollo teórico-práctico y prestigio, pero a su vez, su descrédito integral (disciplina de la guerra y la muerte), entre los inicios de la I Guerra Mundial y la II Guerra Mundial, proyectándose hacia los otros saberes que cultivaban otra/os científica/os geógrafo/os (Estenssoro y Orellana, 2021).

La geografía política, en este periodo, se le conoció, además, como geopolítica, la cual tuvo un tratamiento que, junto con diversificar los estudios geográficos políticos en general, permitió una distorsionada interpretación de la realidad política al interior y exterior de la vida de los Estados, cuestión que predisponía a sus cultores a generar recomendaciones, no sólo funcional a la defensa de los Estados, sino que a la guerra (Estenssoro y Orellana, 2021).

Habida cuenta de dicha situación, los esfuerzos que realizaban geógrafos políticos por ampliar el ámbito de análisis de este saber político espacial miraron más allá de los Estados —tradicional objeto de estudio de la subdisciplina— lo que implicó análisis dentro de sus fronteras como fuera de las mismas, al hacerse cargo de los procesos, instituciones y actores políticos que trascendían al Estado en cuanto institución, proceso y actor único de preocupación (Sanguín, 1981).

Este giro geográfico y epistémico, estuvo inscrito en una evolución propia de la subdisciplina, relacionado a la transversalidad de las ciencias sociales, cuando la teoría social recogió otras interpretaciones de cómo entender el hecho social. En ese sentido, tanto la ciencia política como las relaciones internacionales en sus tensiones contribuyeron a diversificar el objeto de estudio de la geografía política, lo cual le devolvió capacidad analítica, interpretativa y hasta predictiva. No sólo las relaciones internacionales y la ciencia política en sus tensiones epistémicas contribuyeron, sino que también la sociología, antropología, ecología y otras, para derivar de un objeto de estudio centrado en un espacio geográfico, a otro entendido como un espacio geográfico social (Uribe, 1996), o espacio geográfico del poder (Raffestin, 1980), ambas acepciones, que si se colocan en la clásica acepción de espacio político o espacio geográfico político no lo podían hacer única y exclusivamente desde la tradición de la geografía política del Estado, sino que desde una multiplicidad de relaciones sociales y de poder.

Este redimensionamiento de la geografía política se logró desde enfoques positivistas o neopositivistas, estructuralistas, funcionalistas, sistémicos, pasando a los radicales, críticos, humanísticos, posmodernos en su amplia gama, hasta la mezcla de unos y otros, en el entendido que cada uno puede hacerse cargo de una u otra interpretación de la realidad geográfico-política (social o del poder) en escala local, nacional o global entendidas en interescalidad (Cuadra, 2014b). En este sentido, conviene indicar cómo Massey (1994) avanza en comprender la articulación del espacio desde la perspectiva de género con enfoque feminista, también en cómo las relaciones de poder tienen contexto territorial —espacial y de ahí, como todas las relaciones sociales se encuentran geograficadas, de-constituyendo la condición pública de los hombres versus la condición privada de las mujeres en el logro del espacio geográfico en cuanto producto social (ello debe superarse para no continuar fortaleciendo el patriarcado). Interesa de esta autora, además el concepto de geometría del poder, en cuanto fijar las relaciones de las personas en el espacio desde sus posiciones jerarquizadas en género, clase y otros, involucrando, además los temas identitarios de lugar en cuanto expresiones dinámicas (Massey, 1994).

En este contexto de evolución epistemológica y de ajuste del objeto de estudio, no sólo la subdisciplina de la geografía política se fortaleció, sino que también la dimensión geopolítica de la misma. Esta última, otra vez, que es utilizada indistintamente para referirse en conceptualización y en uso a la geografía política, ha ofrecido nuevamente dificultades para situar diferencias, sin perjuicio que ambas pertenezcan a un mismo campo de análisis.

En lo específico, la geopolítica se fortaleció, por el contexto científico post II Guerra Mundial y durante la Guerra Fría como técnica de análisis funcional a los intereses, ahora de la nueva potencia hegemónica como fue Estados Unidos. El resultado de la Guerra situó a esta nación en la obligación de proyectar su influjo por medio de su política exterior, lo que hizo que los cuerpos diplomáticos comenzaran a utilizarla de forma habitual, resituándola con algún grado de prestigio, sin perjuicio de que utilizaran los mismos o muy cercanos presupuestos axiales de la geopolítica alemana, como fue la determinación de la geografía física

en las problemáticas políticas (Raffestin, 1980; Uribe, 1996). Esta geopolítica se comenzó a tensionar desde los enfoques ya consignados, y se operativizó no sólo en la escala internacional, sino que también en la nacional y subnacional, hasta llegar a expresiones de escalas barriales (Estenssoro y Orellana, 2021).

Finalmente, se puede afirmar que, desde lo epistemológico, la geopolítica, independiente de las aplicaciones amplias y poco convencionales que se le asignen analíticamente tendrá en la escala internacional su mayor desarrollo e identificación, siendo parte de la geografía política, la geografía humana y la geografía a secas.

Es, a partir de lo anterior, que el artículo rescata algunas definiciones generales y otras más complejas de espacio geográfico para dar cuenta de su evolución en tiempo y espacio. Busca situarse en específico desde inicios del siglo XX hasta la actualidad, por lo tanto, no tiene la pretensión de hundir raíces en la rica tradición clásica y moderna (incluso posmoderna) de la ciencia geográfica, como lo realizan tan prolíficamente varios estudios en estas materias (Cuadra, 2014a; Paulsen, 2021; Talledos, 2014).

Este examen, se hace atractivo dada las recurrentes validaciones que se hacen sobre el territorio en cada una de las escalas geográficas que el mismo permite, desde la personal hasta la global (Vicente Ruffi y Nogué, 2001). Cabe indicar que una obra, muy geográfica, no escrita por un geógrafo (y ese sería su valor contrario *sensu* de la canónica validación epistémica de cualquier campo disciplinar), sino que por un periodista-internacionalista y asesor de seguridad internacional estadounidense, da cuenta de ello. El título de la obra es *La venganza de la geografía* de Robert Kaplan.

Kaplan (2020) hace un reconocimiento del espacio geográfico como una condición fundamental para la buena comprensión de lo que ocurre en la política mundial, sin perjuicio de los avances tecnológicos y humanos, a propósito de la conflictividad vigente y de la que vendrá, lo que sitúa la geografía como una ciencia pivote, de una prospectiva definición de la geografía política interna (lo nacional) y externa (lo internacional, en oportunidades, denominada como geopolítica). El autor afirma que no es un determinista geográfico en su análisis, sí valida la importancia de la geografía física para la comprensión de la actual conflictividad y de la pasada (Kaplan, 2020). En la misma línea, otro reputado periodista e investigador inglés, Tim Marshall, fija en la geografía una variable importante para explicar el diseño de las políticas exteriores de los diversos Estados, sobre todo en lo referido a las grandes potencias (Marshall, 2017).

Por lo tanto, dada estas referencias, más otras, es pertinente volver la mirada hacia situaciones como las que este artículo propone, cual es repasar cómo la geografía y la geografía política varían su objeto de estudio, identificando con meridiana claridad momentos y argumentos que evidencian ese clivaje, o quebre, delineando la ocurrencia del florecimiento de nuevas posibilidades analíticas, no renunciando a la clásica que permite el Estado, en cuanto institución con expresión espacial, sino que trascendiendo hacia la idea de proceso intraestado y extraestado.

Metodológicamente, el presente estudio utiliza el método de análisis de contenido, donde por medio de la revisión de obras y artículos especializados se recogen definiciones, enfoques y métodos geográficos funcionales a la interdisciplinariedad que, aunque solo de manera teórica la propuesta analítica, permite colegir la interdisciplinariedad geográfica en el análisis de la realidad. También el método permite asumir la importancia de la geopolítica, aunque sea de manera introductoria, como resultado de la maduración y complejidad de la geografía y de la geografía política.

2. Un encuadre teórico general de la geografía

Responderse qué es la geografía política y su relación con el concepto de geopolítica obliga una mínima reflexión respecto de qué es la geografía y cómo la misma geografía política se dispone en las clasificaciones generales dentro del campo analítico de la misma.

Mínimamente, se puede afirmar que la geografía es una disciplina científica que se ocupa de las interrelaciones que logran las personas con sus entornos espaciales, sean estos naturales o humanos, con el ordenamiento o reordenamiento espacial-territorial que ello implica. La geografía es una disciplina científica, de relaciones e interrelaciones múltiples a multi o interescala geográfica, inscrita en las ciencias sociales, a diferencia de lo que ocurría a principios del siglo XX, e inclusive desde fines del siglo XIX (se le entendía como una ciencia natural).

El objeto de estudio de la geografía es el espacio geográfico, entendiéndose éste, desde la perspectiva de la geografía humana, como una red de interrelaciones entre personas y entornos a multi o interescala, y se formaliza en la idea de espacio geográfico, el cual tiene una serie de características como son su dinamismo, heterogeneidad, su no neutralidad sociopolítica y sociocultural, posibilidad de ser consumido en un sistema capitalista, entre varias otras, las cuales varían según la latitud y longitud que se seleccione para analizar la diversidad de contextos sociales, políticos, económicos y culturales en el que se inscribe (Méndez, 1997). También se le atribuye al espacio geográfico el concepto de social, a propósito de superar la dicotomía entre la historia como lo dinámico y el espacio como lo estático, característica que menoscabó la geografía pero que ahora “el espacio social se analiza como una producción de las múltiples relaciones sociales y de sus transformaciones temporales” (Uribe, 1996, p. 57).

Cabe indicar, para propósitos analíticos, que tanto las ideas de la geografía humana y la geografía física se utilizan a efectos sólo de especializaciones investigativas, lo que ha permitido superar pasadas tensiones donde una podría estar sobre la otra, o bien, que dicha separación implicaría una división epistemológica-ontológica o teórica. La geografía humana no se entiende sin las aportaciones analíticas de la geografía física. Sería una comprensión parcial si es que no estuviese considerado el componente físico en el análisis. Lo anterior se entiende mediante el ordenamiento del territorio, el cual se encuentra muy relacionado a los procesos que tienen los grupos de personas (organizaciones) que, en función de

sus medios de poder asimétrico (Raffestin, 1980), determinan en clave de disputas espacial-territoriales los patrones del ordenamiento que finalmente se logra.

Dollfus (1982) tiene un planteamiento muy cercano al ya indicado respecto del espacio geográfico en cuanto objeto de estudio de la Geografía, donde la interrelación entre personas y a su vez con los entornos en los cuales se encuentran, es básico para la óptima interpretación de la realidad. Este espacio, se encuentra en evolución permanente permitiendo, además, entenderlo en historicidad. Para Dollfus (1982)

El espacio geográfico se presenta, pues, como el soporte de unos sistemas de relaciones, determinándose unas a partir de los elementos del medio físico (arquitectura de los volúmenes rocosos, clima, vegetación), y las otras procedentes de las sociedades humanas que ordenan el espacio en función de la densidad del poblamiento, de la organización social y económica, del nivel de las técnicas, en una palabra, de todo el tupido tejido histórico que constituye una civilización. (p. 9)

Interesa la caracterización que realiza el autor sobre: a.- el espacio geográfico es localizable y diferenciado, cuestión que en sí misma implica otros rasgos distintivos como son la situación del espacio geográfico (funcional a las relaciones sociales, económicas, entre otras); y b.- la heterogeneidad en la que se articuló, muchas veces en rugosidad, la que convive al mismo tiempo con la homogeneidad que logra, a propósito de los criterios que se utilicen para definirla (datos no solo de carácter cuantitativo).

En esta línea, la geografía humana en su evolución epistemológica (regional, determinismo físico, positivista, neopositivista, conductista, radical, humanística, crítica, estructuralista) se ha hecho cargo de diferenciadas pulsiones humanas que han tenido en el espacio geográfico su reflejo. Ello implica, como indica Uribe (1996), que ante la vertiginosa evolución de hechos sociales, políticos y económicos a toda escala con la carga ideológica que corresponda, en este caso neoliberal, que proyectó el fin de la historia, la geografía humana se encuentra en una vigencia incuestionable desde lo teórico, analítico y metodológico en un contexto interdisciplinario de la ciencias, con globalización y avance tecnológico en todas las áreas imaginables (informática, armas, espaciales, financieras, otras). Uribe indica que “las ciencias geográficas también han diversificado su quehacer manteniendo la unidad del conjunto, logrando así una integración concordante a equipos interdisciplinarios que constituyen la forma más adecuada del trabajo científico tecnológico contemporáneo” (Uribe, 1996, p. 53). Afirma esta autora, que la evolución de la geografía humana estuvo muy asociada a las geopolíticas logradas en el periodo de entreguerras mundiales y segunda guerra mundial, principalmente alemanas, al relacionarla con este contexto político, lo que dificultó su problematización analítica de momento.

3. Geografía política

En esta mirada evolutiva y descriptiva de la geografía en su dimensión humana y política, interesa observar parte del prólogo del libro *Por una geografía del poder* de Claude Raffestin (1980), escrito por Roger Brunet (1980), quien destaca del autor el ser capaz, desde su interpretación analítica, rescatar una geografía política “apolítica”, cultivada tras la “sobre politización” que tuvo durante el ciclo de guerras mundiales. Indica que esa herencia es la que permitió entender cómo “durante décadas se estudiaron las ciudades sin actores, el campo sin propietarios, la industria sin empresarios, las organizaciones sin inversionistas, los estados sin gobernantes. Es decir, una geografía sin poderes, puesto que la prima alemana había concedido demasiado al poder” (Raffestin, 1980, p. 4).

Raffestin (1980) enmarca dentro de la geografía humana a la geografía política y le reconoce inauguración moderna de la subdisciplina desde Friedrich Ratzel en adelante (antropogeografía y geografía política), por medio del axioma relacional entre Estado y suelo, cuestión que la instala como una disciplina nomotética, en sentido contrario de lo que plantea Piaget respecto de la geografía en general y la política en particular en la época, respecto de sus estudios de psicología y educación¹.

Una de las singularidades que destaca Raffestin (1980) sobre la producción intelectual de Ratzel es generar las bases, sin buscarlo intencionalmente, de un modelo de poder estatal totalitario, cuestión explicada por el contexto europeo y la consolidación de un estado moderno que deriva hacia un estado nacional moderno, sobre todo para el caso de Alemania. El contexto filosófico hegeliano de la época es influyente junto con las teorías organicistas y deterministas desde los aspectos físicos de la geografía. Raffestin (1980) reflexiona sobre el nacimiento de la subdisciplina, indicando que se inaugura la geografía política del Estado, la cual no se pregunta por otros poderes interiores del mismo, ni tampoco exteriores, a menos que sean conflictos interestatales. Por defecto, entonces, es la geopolítica única y exclusivamente del Estado y de los Estados, en donde el autor se pregunta si es la geografía política una subdisciplina preocupada por múltiples interrelaciones de poder, o si solo es la disciplina del Estado.

La pregunta anterior es desarrollada por Raffestin a partir de tres aspectos: 1.- la geografía al considerar solamente el Estado, se limita al espacio delimitado por las fronteras; 2.- el estado es evidentemente el objeto de estudio de la subdisciplina, sin perjuicio de las novedades que el mismo Estado pueda gestionar en cuanto centro de poder; y 3.- fractura entre la dinámica del poder estatal y lo que se observa en el terreno de un territorio (Raffestin, 1980). Por ello, el autor plantea derivar de una geografía política del Estado a una geografía del poder, la cual, reconociendo al Estado como forma avanzada de concentración de poder, se permite rescatar otras interrelaciones de poder (o todas). Interesa, desde esa

¹ Interesa la visión contemporánea del profesor Joel Ángel Anduaga, quien rescata a Piaget desde su epistemología de la imaginación y genética la posibilidad de entender como objeto de estudio la geopolítica como tal, que vendría a reafirmar la vigencia de las relaciones internacionales (Bravo, 2014).

perspectiva, reconocer, indica el autor, el lenguaje de la geografía del Estado codificado en un lenguaje sintáctico (distribución, dimensión, forma, entre otros) y otro semántico (fronteras). En este último lenguaje “no establecen posibilidades generadoras, sino esquemas ya hechos; no formas abiertas que suscita la palabra, sino formas esclerotizadas...” (Raffestin, 1980, p. 21). Los lenguajes sintácticos, por otro lado, que no fueron considerados importantes por la geografía política clásica, son relevantes en la definición de estrategias de acción (Raffestin, 1980).

Uribe (1996), en tanto, percibe que la geografía política debe superar el umbral analítico de la geografía humana anclada en decimonónicas visiones, por lo menos respecto a Latinoamérica y el Caribe, al indicar que la geografía política “estrechamente vinculada a los postulados generales de la geografía humana, no conculca la vitalidad del conjunto, sino que, por el contrario, abre nuevas perspectivas y eleva los niveles para una convergencia hacia equipos de trabajo internos o interdisciplinarios” (Uribe, 1996, p. 76). Esta idea se enlaza con lo indicado por Ortega Valcárcel (2000), quien indica que en el momento de consolidación de objetos disciplinares, referirse a geografía política era igual a geografía social, humana o económica, distinguiéndose de la geografía física. Tal situación se fija hasta la actualidad gracias al aporte que logra Ratzel con su *Politische Geographie* de 1887, y de forma más completa en su edición de 1903.

Siguiendo a Uribe (1996), quien, desde la generalidad analítica de la disciplina, pero también en la especificidad latinoamericana y caribeña, afirma que la geografía política no puede ni debe abstraerse del proceso social, en cuanto energía de movimiento de la realidad multi e interescalares en la cual se desarrollan las acciones de las personas. Desde esa perspectiva, conmina, junto con superar los análisis biológicos —organicistas— deterministas físicos propios desde fines del siglo XIX hasta mediados del siglo XX y provenientes desde los centros de poder global, a posicionar en el centro el proceso social. La autora propone la idea del objeto de estudio centrado en el espacio geográfico del poder a multi e interescalares operadas desde la realidad social anclada en todas las expresiones propias de la realidad concreta (económicas, culturales, entre otras). En tanto, el objeto de estudio debe tener traducción en estructuras y funciones del Estado, espacios de poder, nacionalismos, guerra y paz, globalización, gobiernos locales, movimientos sociales, ideologías y poder político, geografía electoral, criminalidad urbana, conflictos raciales, análisis geopolíticos críticos y partidos políticos (Uribe, 1996).

En este sentido, López Trigal y Benito del Pozo (1997) plantean un interés en la geografía política desde una perspectiva parecida, pero desde la idea de espacio político, al abordar en su propuesta el cómo conciben la idea/acción de la política que se despliega en el espacio geográfico, entendiéndosele a ésta como la legitimación de la decisión pública, pero consecuentemente cuando se desvela no solo el antagonismo clasista, sino también el competitivo entre los intereses concurrentes, por lo que se convierte la política en interés social trascendentemente público. Por lo tanto, la política trata de poder, no concentrado en el gobierno, sino en elementos territoriales (fronteras, equilibrios de poder, distribución de

territorios, espacio marítimo como extensión de territorio, entre otros) que son parte del objeto de estudio de la geografía política.

4. Tensiones epistemológicas: recurrentes y duraderas

Inscrita la ciencia geográfica en el debate de instalación de las otras ciencias “primas”, las que en más de una oportunidad circunscriben a las ciencias geográficas en las de la tierra, las ambientales o las naturales, cualquiera de ellas, sobre todo la última, anula directamente la producción analítica de la geografía humana y de la política, entendida como contribuyente de la primera. Las ciencias sociales, producto de la posmodernidad asociada a la caída de ideologías propias del ordenamiento mundial del siglo XX, como fueron los marxismos-comunismos reales con sus avances tecnológicos y la instalación de enfoques positivistas y neopositivistas, también tensionan el canon nomotético de la geografía, como de otras disciplinas, entre ellas, la ciencia política.

Sin perjuicio de lo anterior, y siguiendo a Gómez Mendoza (2017), las ciencias sociales en general han venido demandando la localización en el territorio, o bien, en el espacio que estudia la geografía humana, sus resultados y procesos investigativos, cuestión que coloca la geografía en general y, la humana en específico, la política en particularidad concreta, en un buen pie interdisciplinario, independientemente de las dificultades del periodo, “es notorio el giro espacial de las ciencias sociales. No solo es que todas las ciencias necesiten localizar sus conocimientos, sino también que necesitan comunicarse de verdad entre unas y otras” (Gómez Mendoza, 2017, p. 34).

Nogué (1998) también concurre a reconocer la valía que tiene la geografía en el ámbito de las ciencias sociales. Indica que Giddens y otros sociólogos afirman que se hace urgente rescatar, para el buen logro de la teoría social, la relación entre espacio y tiempo. Lo mismo ocurriría con la historia, donde se conoce la relación de complementariedad, pero ahora se trata de no asimilar la historia local con la territorial, sino de incluir el espacio vivido, soportado, vigilado e imaginado (Iradiel, 1989, citado en Nogué, 1998).

5. La geografía y la geografía política en el vértigo de la tensión: ¿sólo Estado y/o modelo ratzeliano?

Es a partir de lo anterior que la geografía y la política se encuentran, ya que, como la primera, la segunda, también contiene tensiones profundas respecto de su canon nomotético, pero sin perjuicio de ello, Uribe (1996), como también ocurre con López Trigal y Benito del Pozo (1997), ve en la ciencia política una oportunidad de encuentro analítico necesario y, por defecto virtuoso, sin perjuicio de las desviaciones o equívocos a los que llevan las metodologías cuantitativas del dato positivista. Indica que no es posible interpretar el dato renunciando al contexto histórico geográfico en el que se da, ni tampoco a las estructuras profundas de

multi e interescalas geográfica y social. Desde una perspectiva, además, realista de la política, invita a comprender “el pensamiento y la acción política, vinculado a otros aspectos de la vida social, conforma un conjunto de relaciones sociales que manifiestan su existencia a través del espacio geográfico social” (Uribe, 1996, p. 111), lo cual implica que el poder tiene su expresión espacial temporal, donde “estos espacios de poder se caracterizan por ser opacos o indefinidos; están casi siempre encubiertos o invisibles a primera vista, y es justamente por estos, que es preciso mirar ‘tras el espejo’ de las estructuras profundas” (Uribe, 1996, p. 111).

La concepción anterior es compartida por Talledos (2014), quien indica que en la producción del espacio, a propósito de las relaciones espaciales de poder, debe la geografía política involucrarse en dichas relaciones, las que no siempre son claras ni coherentes, ya que la “práctica política ofrece una mezquina coherencia entre el discurso y la acción o, por otra parte, oculta la filosofía y los intereses que están tras el discurso de grupos de poder o de grupos que luchan por lograr el poder” (Talledos, 2014, p. 34). Así, la geografía política, estudiaría la dimensión espacial del poder, lo que implica examinar la manifestación espacial de esta compleja amalgama de ideas, discursos y acciones contrapuestas que se da en cualquier sociedad de clases y que cambia con el tiempo. Ello constituiría el contenido de la noción de espacio geográfico social del poder.

En una postura similar se encuentra Sánchez (1992), quien entiende la geografía política como la disciplina que estudia las relaciones espaciales de poder, consignando que si bien el Estado es una de estas relaciones, no es la única, muy por el contrario, sin desconocer su importancia, necesariamente debe compartir, con otras relaciones espaciales de poder, el interés analítico de esta disciplina. Las relaciones de poder, las entiende como relaciones sociales y en ese sentido este autor, coincidiendo con Uribe (1996), enfatiza el punto que señala que “se trata de asumir uno de los aspectos esenciales y fundamentales dentro de las relaciones sociales, al entender las relaciones políticas como relaciones de poder” (Sánchez, 1992, p. 35). En esa línea indica que esta situación se encuentra en todas las posibilidades interescalares de la sociedad, las cuales van desde las interindividuales, intergrupales o globales, reconociéndole en este punto, una importancia significativa al Estado, en cuanto momento de síntesis de las relaciones espaciales de poder, capital para la comprensión de otras que se encuentran sobre él, o por debajo de él como indican, Vicente Rufí y Nogué (2001) cuando analizan el Estado en un contexto de globalización entregando soberanía hacia arriba (internacional) y hacia abajo (subnacional). Indicará Sánchez (1992) “quedá justificada de esta forma la propuesta de análisis de la geografía política como análisis de las relaciones de poder en el espacio” (p. 35).

Nogué (1998), a propósito de la valía de la geografía política en el concierto de las ciencias sociales, significa a la disciplina como escrutadora del espacio político, pero ahora llenándolo de otros contenidos analíticos provenientes de una acción colectiva localizada en un lugar concreto, involucrando familias, grupos e instituciones diversas lo que implica interacciones políticas como un “conjunto dinámico de relaciones fundadas en lejanas afinidades y traducidas en interacciones de corto plazo” (Nogué, 1998, p. 36). Con ello, supera la fijación principal

por el estado nacional, en cuanto objeto de estudio práctico de la disciplina, para trascender al estudio de lo étnico, religioso, pasando por barrios de ciudad, ruralidad y análisis internacionales. Nogué (1998) profundiza en el fenómeno nacional, indicando que los nacionalismos son una ideología territorial, con determinados territorios que constituyen parte de su identidad, atribuyéndoles un valor político, histórico y distintivo. Para el autor estos movimientos nacionalistas usan una geografía básica y simple como estrategia para integrar diversidad de etnias, razas, etc., utilizada por los grupos dominantes con el objetivo de encubrir conflictos y/o intereses (Nogué, 1998).

Santis (1990), geógrafo político chileno, recoge las mismas preocupaciones que los anteriores autores, cuando afirma la importancia que tiene Ratzel en la creación de la categoría analítica denominada como Geografía Política, atribuyéndole relevancia capital a su interpretación biológica del Estado cuando indica que el núcleo de la célula biológica representa en más de una oportunidad la capital de cualquier estado, siendo el momento-espacial de consolidación de la idea de estado, junto con sus periferias y membrana protectora de la célula, en este caso, la frontera política protectora del Estado.

Sin embargo, Santis (1990) sitúa ese reconocimiento temporal y epistémico en relación con las aportaciones de Kant, cuando éste crea la noción de espacio relativo, propio de la tradición corológica analítica de la geografía, esto es no sólo estudios descriptivos sino que analíticos sobre un objeto de estudio dinámico heterogéneo y principalmente de relaciones, de ahí la idea de relativo (la geografía de la corografía es la del análisis descriptivo), pero, además, esta relación epistémica que realiza la circunscribe a la idea de estructura y sistema. Santis (1990) se refiere a la idea de estructura porque la descripción ratzeliana (núcleo, capital, periferias-semiperiferias y fronteras) puede encuadrarse en esta idea y también en la de sistema, en tanto cada una de las estructuras del modelo ratzeliano de estudio del estado se encuentran interrelacionadas.

Santis profundiza en la idea sistémica del espacio político, a propósito de la funcionalidad de éste, en cuanto a momento epistémico de comprensión del mismo, lo que permitiría romper con la tradición ratzeliana del análisis, sin perjuicio del esfuerzo analítico del mismo Ratzel. En clave de estructura, Santis indica lo siguiente:

Si bien es acertado —o podría considerarse acertado— que esta concepción de la naturaleza del espacio político difiere sustancial y diametralmente de la teoría orgánica ratzeliana y de las proposiciones de los sociólogos políticos, de los politólogos y de los teóricos del derecho político (Prélot, 1960; Duverger, 1973; Burdeau, 1949; Von der Gablentz, 1974; Kelsen, 1925; Heller, 1934; Jellinek, 1954), en tanto ellas aluden preferentemente a las nociones de territorio político, territorio como fenómeno cultural y material, territorio para residir y resolver la subsistencia y territorio como ámbito de validez del orden jurídico, es claro que sólo Ratzel intentó identificar los segmentos de espacio que definían la estructura de su célula territorial. (Santis, 1990, p. 56)

De este modo, indicará Santis, el modelo ratzeliano cedería en consistencia a los que avanzaron otros geógrafos políticos en orden a disponer las estructuras del espacio político más allá del Estado (lo internacional) y más acá del Estado (lo subnacional y otros procesos sociales). A modo de una interpretación más formalmente teórica, se consigna lo siguiente:

La investigación y reflexión sobre estructuras espaciales, esto es, identificación de nódulos, redes y jerarquías que se generan en las nociones de distribución areal de fenómenos naturales y humanos, conduce hacia la sistematización de la influencia de la toma de decisión política y el movimiento de los patrones espaciales (Johnston, 1973), tanto como hacia las preocupaciones por una metodología de análisis entre los procesos políticos y los atributos espaciales que confluyen en el sistema político. (Cohen y Rosenthal, 1971, como se citó en Santis, 1990, p. 56)

Santis (1990), recogiendo la reflexión analítica y epistemológica de geógrafos y geógrafas, después de los años 50, asume que las innovaciones teóricas acercan el hecho espacial en general y político en particular, a la cotidianeidad de las personas, o a otras relaciones entre organizaciones, las que si bien pueden tener una relación con los Estados, las mismas tienen autonomía en su quehacer, permitiéndose otras estructuras analíticas funcionales a las organizaciones que se encuentran más allá o más acá del Estado. Ante ello, indica, existiría una superación de la aportación ratzeliana, sin perjuicio de contribuir, a su modo de ver, a los enfoques de estructura espacial y funcionalismo del espacio geográfico en general y político en particular (Santis, 1990).

De este modo, finalmente, el autor termina indicando que el espacio político es la relación funcional de la población, del territorio, de la organización y de los medios de poder. Para verificar ello, asumió el “espacio político como un sistema espacial de tipo político implicando tal aproximación (sistémica) la identificación de estructura, funcionamiento y evolución del todo y sus partes” (Santis, 1990, p. 56).

Con Cairo Carou (1997) también se encuentra una relación lineal entre la geografía y la ciencia política, teniendo en la geografía política la oportunidad de encuentro no solo natural, sino que también, indicará este autor, potenciadora de evolución de ajuste positivo para la geografía política toda vez que la ciencia política, por medio de sus avances desde la década de los 60 en adelante, entregó y permitió varias de sus sistematizaciones, enfoques y metodologías a la geografía política, crecer y complejizarse analíticamente. Cairo Carou (1997) propone una clasificación general de los intereses investigativos de la geografía política, en donde unos son cercanos a la geografía y otros a la ciencia política, y cada clasificación agrupa temas relacionados, como se expone en el Cuadro N°1:

Cuadro N° 1

Clasificación general de los intereses investigativos

Clasificación de temática investigativa	Temas relacionados
Análisis de la política territorial	Sistemas territoriales; relaciones centro-periferia; regionalismo político.
Geografía de los bienes públicos y de elección racional	La geografía de los bienes públicos profundiza en cómo la ciencia política aporta elementos de base para reflexionar espacialmente respecto de lo que debe entregar un sistema político en cuanto a la satisfacción de necesidades se refiere. La elección racional importa las elecciones (políticas), ya que determinarán la concreción de las expectativas respecto a lo público.
Geografías políticas marxistas y neomarxistas	Agrupa la economía política marxista y el análisis de los sistemas mundiales, haciendo referencia al Estado como actor relevante de las relaciones desiguales producidas por el sistema capitalista y globalizado.
Geografía política humanista	No expresa subclasificación, hace referencia a la relación directa entre procesos sociales y espacio, desde la horizontalidad.
Geografía del poder	Una de sus corrientes analíticas le asigna importancia capital al Estado, en oposición a otra que si bien no lo desconoce, lo considera un elemento más entre otros varios que permiten el análisis.
Teorías geográfico políticas posmodernas o posestructuralistas	Genera una clasificación denominada los disidentes en las relaciones internacionales y la geopolítica crítica, teniendo preocupación por las relaciones espaciales de poder, prioritariamente fuera del Estado nacional, sin perjuicio de que igualmente se involucre.

Fuente: elaboración propia con base en Cairo Carou (1997).

En esta línea, interesa el planteamiento que realiza Ortega Valcárcel (2000), el cual, al igual que los anteriores autores, describe la evolución de la geografía política de manera muy similar en clasificaciones y enfoques; sin embargo, interesan los énfasis que usa para describir el estado actual de la geografía política. Uno de ellos se ancla en reconocer cómo el poder y las relaciones de poder deben colocarse en el centro de las preocupaciones de la disciplina en todas sus escalas, lo que implica derivar de una geografía política centrada en el estado a una centrada en el poder. Otro rasgo epistemológico que sitúa la geografía política en el sitio que se le conoce, que, además denomina una nueva geografía política, es la referida a la utilización de la idea de sistemas mundiales como marco de análisis. Indicará el autor:

El interés del nuevo enfoque es situar los cambios sociales locales y nacionales en el contexto de un conjunto o sistema mundial del que los cambios nacionales o locales son parte. En consecuencia, es el concepto de cambio social a escala global el que adquiere primacía teórica y analítica y el que permite abordar epistemológicamente y explicar los cambios sociales a otras escalas, como señalaba Taylor, “un determinado cambio social sólo puede ser comprendido en su totalidad en el contexto más amplio del sistema mundial”. (Ortega Valcárcel, 2000, p. 433)

Para el autor, este esquema de análisis le otorga un contexto teórico robusto a la geografía política, pasando del estadocentrismo a un nuevo sistema de relaciones donde el Estado es la referencia institucional que permea los procesos sociales y es agente político a nivel mundial y regional, pero no el único (Ortega Valcárcel, 2000).

Massey (1994), como se indicó más arriba, enriquece el análisis cuando incorpora la dimensión feminista en el logro del espacio geográfico y su concepto geometría del poder, sumándose a la idea de que el espacio geográfico no es neutro, sino que social. David Harvey (2004), canónico geógrafo marxista inglés, permite e influye en estas corrientes reafirmando la condición social del espacio geográfico, no neutro, colocando como pivote la ciudad (el urbanismo), entre otros para dar cuenta de la tensión que permite el capitalismo (neoliberalismo) en la organización y reorganización del espacio geográfico, aportando con su clásico y vigente concepto de la ‘acumulación por desposesión’. Sus análisis no sólo tienen posibilidad de interpretación en las escalas nacionales y subnacionales sino que también a nivel internacional, más cuando su foco es el capitalismo.

Paulsen (2015), en sus reflexiones geográfico-políticas y de geopolítica, se sitúa desde posiciones de tipo más bien posmodernas en general. Marca con asertividad las temporalidades que determinaron el hacer de la geografía política y geopolítica, una de ellas, a propósito de las cuestiones revolucionarias y contrarrevolucionarias situándolas entre 1917 hasta la caída del Muro de Berlín y de la URSS, pero indica con lente contemporáneo que incluso esa temporalidad debe ser analizada a partir de diferentes coberturas en interescalidad y diversidad de actores.

Situándose en la posmodernidad, Paulsen (2015) indica que la geografía política se sometió a las fluctuaciones epistemológicas previas a la caída de los socialismos reales, es más, la sitúa después de la segunda mitad del siglo XX, al igual como lo hacen los otros investigadores consultados. Epistemológicamente, esta geografía política, anclada a la geografía humana, debe tensionarse desde los cultores positivistas, neopositivista y regionalistas, tan propias de los nuevos tiempos que ofrecían las ciencias sociales en general y la geografía en particular. Desde ahí, es que el autor recoge una serie de aportaciones que son sintetizados por geógrafos políticos, ya más propios de la posmodernidad y de las visiones e interpretaciones más radicales o críticas. Indica en su concepto que hay dos visiones generales: una más conservadora y otra más de “renovación radical” (Agnew, 2005, p. IX), que “se fue desarrollando en torno a la revista francesa *Hérodote*, fundada en París por Yves Lacoste en 1976 y de la revista *Political Geography Quarterly*, editada por Peter Taylor desde 1982 en el Reino Unido” (Paulsen, 2015, p. 75).

Paulsen indica que una situación que permite esta revitalización de la geografía política y geopolítica se encuentra en la vuelta epistemológica que logran las ciencias sociales en general, hacia la idea de espacio versus la dimensión del tiempo. Y esta situación coloca a la geografía en una posición privilegiada, en cuanto su objeto de estudio, el espacio, sin perjuicio que otras disciplinas de las ciencias sociales también hacen del espacio un importante factor o variable de

análisis. Consigna de todos modos que ello no significa que el esfuerzo historiográfico del análisis social (temporal) aún no goce de privilegio analítico versus el geográfico, al hacer del primero la expresión dinámica del proceso, mientras que, del segundo, la expresión estática. Para el autor, la geografía política se ha revitalizado, por aportaciones como la de Henri Lefebvre, autor que ve en el espacio un objeto científico de carácter político y estratégico, formado por elementos tanto históricos con naturales provenientes de un proceso político (Lefebvre, 1991; citado en Paulsen, 2015).

Con ello, más otros autores, el campo de la geografía política, se diversifica. Conviene indicar que este autor (Paulsen), utiliza de forma indistinta los términos de geografía política y geopolítica. Por lo menos en esta sistematización que realiza, no proyecta una distinción, como sí lo hace Peter Taylor. Taylor consigna que la geografía política es capaz de analizar la integralidad de los hechos políticos en cuanto escala. De ahí su idea y propuesta de análisis de localidad, estado nación y sistemas mundiales con todas las relaciones e interrelaciones posibles, pero es claro en supeditar la geopolítica al estudio de la rivalidad entre estados y el quehacer de los imperialismos, asociado fundamentalmente a las cuestiones económicas. Paulsen indica que en esta nueva geopolítica se puede estudiar hasta lo cotidiano, en donde ejemplifica con la crisis de los socialismos, la que necesitó abordar desde una perspectiva menos estado-céntrica y dialéctica las contradicciones ideológicas, lo que posibilitó análisis geopolíticos a escala local o interurbana asociada al capitalismo global (Paulsen, 2015).

Una situación que corrobora lo anterior son las conclusiones que expone Paulsen (2015) respecto al objeto de estudio de la geografía política, donde visualiza que en la actualidad la disciplina se construye a partir de la noción de espacio como un objeto con carga política en el que los actores sociales compiten por la concreción de sus objetivos en las distintas escalas, lo que permite que el logro de dichos objetivos esté sujeto a la construcción de territorialidades y territorializaciones, cuestión que le plantea nuevos desafíos al análisis geopolítico (o geográfico político, si es que utiliza unívocamente ambos términos) (Paulsen, 2015). A partir de ello, indica el autor, el geógrafo político (pero no indica geopolítico) debe disponerse en su quehacer investigativo, analítico y hasta profesional, y pareciera colegirse de la lectura, mucho más atento a los diferentes mensajes que se encuentran dispuestos sobre el espacio (Paulsen, 2015).

Sin embargo, en su última conclusión o ejes de conclusión como los denomina, ancla la cuestión geopolítica al análisis nacional e internacional, como es habitualmente abordado por la geografía política cuando de esta escala se refiere. La textualidad de la conclusión, aunque larga, sirve para indicar que el autor relaciona directamente desde la convención analítica de la geografía política a la geopolítica con la escala nacional y la internacional:

Un tercer eje de conclusiones es el referido a identificar posibilidades de análisis geopolítico a escala nacional e internacional. Uno de los aspectos que distingue al siglo actual es la imposibilidad de adelantar con algún nivel de exactitud escenarios geopolíticos futuros. Entre las causas de esta

imposibilidad destacaremos la fragilidad de las naciones, otra gran invento de la Modernidad: Cuando los intereses geopolíticos lo demandan se crean naciones con gran facilidad y dinamismo, tal es el caso de la naciente Crimea prorrusa, la posible federalización y consecuente generación de múltiples estados naciones de Siria, Irak y Libia, según los intereses de las naciones del Primer Mundo y no de los pueblos beligerantes. Lo anterior tensiona, en países como el nuestro, discusiones referidas a la condición plurinacional de los Estados, en tanto la existencia de este tipo de modelo podría despertar el interés de algunas potencias para apoyar procesos emancipatorios y/o separatistas, o bien, a respuestas desde el Estado central en sentido contrario, según dicten los análisis referidos a las posibilidades para el acceso a recursos naturales estratégicos en espacios fronterizos en la dinámica del capitalismo global. Relacionado con lo anterior, urge analizar los posibles efectos, sobre todo en democracias con un alto grado de vulnerabilidad, del Cambio Climático, que no tiene nada de global en tanto afecta de modo distinto a los países en función de sus niveles de desarrollo y cuotas de participación en el capitalismo global. En algunos casos la pérdida de territorios y de los recursos que estos contienen, amenaza severamente la estabilidad de algunos Estados, la supervivencia de grupos humanos, especialmente los más excluidos y profundiza la inequidad en materia de distribución de la renta mundial. (Paulsen, 2015, p. 79)

A continuación, se esquematiza (Cuadro N°2) lo tratado en este apartado para permitir más claridad:

Cuadro N°2

Aporte a la geografía política de autores mencionados

Autores	Descripción	Apporte a la geografía política
Uribe (1996)	Enfoque centrado en las estructuras profundas y relaciones de poder multiescalar.	Ofrece un análisis histórico-estructural de los espacios de poder, haciendo de lo social un aspecto insoslayable.
López del Trigal y Benito del Pozo (1997)	Encuentro entre geografía y ciencia política. Espacios de poder flexibles en un contexto histórico-geográfico multiescalar.	Ofrece una visión hacia una geografía política diversa y en renovación, con énfasis en las interacciones sociales y políticas en diferentes escalas geográficas.
Talledos (2014)	Geografía política estudia la dimensión espacial del poder, con foco en las incoherencias entre discurso y acción política.	Logra la idea de que el espacio geográfico es un saber político. Analiza la disonancia discurso-acción.
Sánchez (1992)	Geografía como estudio de relaciones de poder en todas las escalas.	Propone un enfoque multiescalar, supera exclusividad del Estado sin omitir su relevancia.
Vicente Rufí y Nogué (2001)	Geografía política de acción colectiva localizada, nacionalismos como ideología territorial y Estado multinivel en la globalización.	Incluye el análisis étnico, religioso, espacios urbanos y subnacionales. Proyecta la geografía de los nacionalismos.

Autores	Descripción	Aporte a la geografía política
Santis (1990)	Espacio político como sistema integrado por población, territorio, organizaciones y medios de poder.	Ofrece una visión sistémica. Supera el determinismo ratzeliano. Posee una perspectiva de análisis estructural-funcional.
Cairo Carou (1997)	Relevancia de la ciencia política con aportes a la geografía en sistematizaciones, enfoques y metodologías.	Incluye una clasificación sistemática de enfoques: territorial, marxista, humanista, de poder y postmoderno.
Ortega Valcárcel (2000)	Cambio de enfoque pasando desde una geografía centrada en el Estado a una centrada en el poder. Sistemas mundiales como marco de análisis.	Establece un giro epistemológico del estadocentrismo. Aplica contexto mundial para cambios locales.
Paulsen (2015)	Revitalización desde una perspectiva posmoderna. Giro epistémico hacia espacio versus tiempo. Espacio como objeto político-estratégico.	Realiza un análisis geopolítico multiescalar. Posee una perspectiva constructivista de territorialidades.
Massey (1994)	Logra complejizar el objeto de estudio, entendiéndolo como una producción social, con relaciones asimétricas de poder, hasta de género.	Ofrece un enfoque feminista para sincerar y superar un espacio geográfico patriarcalizado. Propone concepto de la geometría del poder, para dar cuenta de las asimetrías de sus ejercicios.
Harvey (2004)	El espacio geográfico es una producción social íntimamente vinculado con el capitalismo y neoliberalismo.	Introduce el concepto de acumulación por desposesión. Reafirma el espacio geográfico no neutro a la síntesis de las relaciones de poder.

Fuente: elaboración propia con base en autores consultados.

6. Geopolítica

Uribe (1996) profundiza en el término geopolítica en cuanto técnica analítica que estuvo desde un inicio anclada a satisfacer las necesidades de grupos de poder alemán que, como estado nacional derrotado en la Primera Guerra Mundial, con un tratado de Paz de Versalles humillante para Alemania, cristalizaron en ideas y acciones reivindicativas en clave nacional. La emergencia de la geopolítica es, además, posible en un contexto dinámico de teorizaciones provenientes desde las ciencias naturales y sociales, como también de algunas deformaciones de origen, o bien, forzando conceptos científicos hacia los intereses de dichos grupos. Señala Uribe que la geopolítica es una amalgama de ideas en el que “convergen el social-darwinismo, el chauvinismo xenofóbico, el racismo, el determinismo físico, el militarismo y la legitimización bélica como elementos centrales de una estrategia de poder mundial de la ideología perversa de las rivalidades interimperialistas” (Uribe, 1996, p. 138).

La autora agrega otro dato que, sin perjuicio de la derrota en la primera Guerra Mundial, dos aspectos centrales de la política exterior alemana estaban fundidos desde la geopolítica, como es el caso del *Lebensraum* (espacio vital) y la *weltpolitik* (política mundial). Será en este contexto donde el Partido Nacional Socialista sintetizará estas y otras ideas y las traspasará a un movimiento social

de clases contrapuestas para, por medio de una propaganda política sistemática, avanzar en la socialización de las mismas. Importante fue el Instituto de Geopolítica de Múnich liderado por Karl Haushofer para difundir académicamente estas ideas sociales y partidariamente en el partido consignado. Kjellin, catedrático sueco admirador del germanismo, acuña el término de geopolítica, el cual buscaba la instalación del pangermanismo.

Los resultados de esta geopolítica alemana alejaron a los geógrafos políticos no sólo de la geopolítica sino que del desarrollo de la geografía política, ya que en ese contexto político y académico la relación de geografía política y geopolítica se transformó en lineal, hecho que impidió profundizar desde la geografía política en los estudios estratégicos de los estados nacionales o el sistema internacional en general durante largos años. Ello, indica Uribe, fue un error estratégico, ya que varios y varias que se dedican a la geopolítica crítica no han depurado del todo las definiciones ‘malsanas’ de la geopolítica alemana (Uribe, 1996, p. 143). Esta autora es significativamente crítica de los estudios geopolíticos y de la geopolítica crítica, no así de la geografía política, la cual afirma, ha sido capaz de elevar su estándar analítico y comprensivo de la realidad:

La emergencia de la así llamada geopolítica crítica no es sino el resultado de los deseos de geógrafos por vincularse nuevamente a los problemas estratégicos, pero, desgraciadamente esto sucede sin haberse depurado de los rasgos perversos que han caracterizado la geopolítica desde su nacimiento. Examinar escritos geopolíticos de geógrafos en estas décadas que termina el siglo XX, deviene una experiencia lastimosa puesto que los análisis retoman y refuerzan herramientas conceptuales de la pseudociencia del Tercer Reich. En un delirio formalista, en los hechos, estos estudios descalifican los fenómenos y procesos políticos centrales que actúan produciendo los equilibrios o desequilibrios del poder mundial. (Uribe, 1996, p. 143-144)²

Haciendo un crítico análisis de la aplicación de los conceptos de geopolítica en Latinoamérica y el Caribe, de momento que acoge la definición norteamericana de la Doctrina de Seguridad Nacional, la cual se ensambla con la instalación de las dictaduras militares e implementación del neoliberalismo, jibarización del Estado y uso de un nacionalismo chovinista para ocultar diferencias sociales internas de los países y resistir las ideas comunistas, Uribe reafirma lo antes dicho:

La utilización distorsionada del conocimiento geográfico y las oscuras herramientas conceptuales geopolíticas actúa en contrasentido a la elevación del nivel científico de la geografía política. Por ello, el estudio geográfico político de las fuerzas armadas de la región puede proporcionar una valiosa ayuda para revertir el mal uso de los atributos geográficos en

2 La rudeza con la cual se refiere la autora a este tipo de geopolítica crítica debe ser circunscrita hasta el año 2000, que es cuando fallece. Por lo tanto, la geopolítica crítica producida desde el 2000 en adelante, no debería porque escrutarse de la misma forma.

el que se apoya el militarismo y abrir amplios cauces a nuevas proposiciones para la relación de la sociedad civil y el sector militar que superen las franjas cupulares. (Uribe, 1996, p. 157)

En un examen epistemológico que realiza la autora, respecto de la geografía política, identifica cuatro grandes enfoques, asignando uno importante al de geopolítica crítica, en donde indica textualmente, “muy cercano a esta posición el enfoque geopolítico recupera terreno, aunque ahora con el apellido ‘crítico’ que, sin embargo, continúa fundamentándose en los criterios deterministas territoriales y en conceptualizaciones ideológicas ya señaladas...” (Uribe, 1996, p. 175). Esta cita implica que la geopolítica la entendió como un saber contenido en la geografía política.

Por otra parte, Ortega Valcárcel (2000) también sitúa la geopolítica dentro de la geografía política. A diferencia de Uribe, indica que la maduración de la geografía política alemana centrada en elementos patrióticos o nacionalistas la convirtieron gradualmente en un instrumento funcional a las estrategias nacionales. Así la disciplina queda capturada a los fines nacionalistas o a su justificación, al entenderse como natural la desviación hacia la geopolítica que inaugura Kjellen, quien hace del Estado un organismo vivo, y se transforma en la disciplina práctica al servicio de esta institución.

Ortega Valcárcel (2000) coincide con otros respecto de las diferentes concepciones que extrajeron de la geografía política reflexionada por Ratzel y Mackinder, fundamentalmente, estableciendo las mismas estructuras de desarrollo académico en la Escuela de Munich-Heidelberg, con manifiestos vínculos con el partido nacional socialista, considerándosele, además en una verdadera empresa de propaganda y adoctrinamiento político. En específico, este autor indica que la concepción de geopolítica para la época fue

plantear, en su enfoque esencial, el análisis de los Estados desde el axioma de la conflictividad permanente, del equilibrio inestable, como fundamento de las relaciones internacionales. En ese marco, trataba de establecer los principios que podían regir la confrontación y la lucha por la hegemonía regional y mundial. (Ortega Valcárcel, 2000, p. 429)

En tanto, Taylor (1992) reconoce la geopolítica como parte de la geografía política. Indica que la geopolítica en función de sus sistematizaciones funcionales a los intereses alemanes, fundamentalmente desde la instalación del régimen liderado por el Partido Nacional Socialista, con sus consecuencias de la Segunda Guerra Mundial, alejó la geografía política de los esfuerzos que habían realizado sus padres fundadores como son Ratzel, Mackinder y Mahan. Esta lejanía de la geografía política de la geopolítica distanció la primera de la cuestión internacional como se indicó más arriba, lo que permitió de todos modos, desde el análisis interno del Estado, preocuparse de materias interiores del mismo en cuanto proceso, actores e instituciones. Señala Taylor (1992) que el renacimiento de la geopolítica se debe a la vulgarización en el uso del término, a propósito de

los conflictos globales durante la Guerra Fría, el trabajo académico de la misma, considerándose más moderna y crítica, y, finalmente, cómo grupos de presión promilitar y neoconservador, donde, utilizando el discurso geopolítico, propiciaron la Guerra Fría.

El ámbito de acción de la geopolítica o su objeto de estudio, en la parte introductoria de su obra, lo delinea con claridad este autor: a.- la geopolítica es funcional a los políticos y sus consejeros para la toma de decisión en la escala internacional, y se le denomina como la ‘geopolítica práctica de los políticos’; b.- identificar, describir e interpretar las regularidades del sistema internacional, sea en regímenes y políticas internacionales de la inter-estatalidad como de una sociedad civil global, lo denomina “órdenes geopolíticos mundiales” funcionales a la política mundial (la Guerra Fría es un orden, del cual se salió y ahora se configuraría en otro); c.- estudio de los códigos geopolíticos, en los cuales se organizan los estados en función de sus políticas exteriores, las cuales en rigor debiesen contener regularidades temporales y espaciales y d.- preguntarse derechamente cuál es el orden mundial que se viene y cuáles serán sus características. Agrega, además, otra preocupación, cuando ancla la geografía política con el estudio de los imperialismos, cuestión que indudablemente tiene vasos comunicantes con la geopolítica. Taylor (1992) indica que

En términos políticos, la geopolítica define una relación de rivalidad, en tanto que el imperialismo define una relación de dominación... En el análisis de los sistemas mundiales, la geopolítica trata de la rivalidad (el este contra el oeste, hasta hace poco tiempo) que existe en el centro por dominar la periferia mediante el imperialismo (actualmente, el norte contra el sur). (p. 47)

Como se puede deducir de lo antes consignado, este autor circunscribe prioritariamente el análisis geopolítico en la escala internacional, situándola como una de las ramas de la geografía política operativa, que también contribuye a la formalización académica cuando de análisis se refiere. Este planteamiento estaría alejado de las aprensiones de Uribe respecto de la geopolítica, la cual hasta en las definiciones críticas encuentra aspectos que provienen de las sistematizaciones alemanas – nazi.

Otro autor que adscribe a la perspectiva crítica de la geopolítica es John Agnew, quien introduce elementos discursivos, lingüísticos y simbólicos para el estudio de la geopolítica, al entenderla como una práctica discursiva sobre la cual los especialistas “espacializan” la política internacional (Ó Tuathail y Agnew, 1992).

Esta definición entregada por Agnew, junto a Ó Tuathail, amplía la tradicional relación entre la geografía física y la geopolítica, con clara influencia de las visiones de Ratzel y Mackinder, principalmente donde la geopolítica se encuentra separada de las dimensiones sociales, económicas e ideológicas, en donde observan que la geopolítica cuenta con un análisis altamente ideologizado y politizado, por lo que se hace necesaria una reconceptualización de la geopolítica

desde el concepto de discurso para entregar una teoría coherente entre escritura geopolítica y las prácticas espaciales (Ó Tuathail y Agnew, 1992). Por tanto, para Ó Tuathail y Agnew (1992) el estudio de los discursos en la geopolítica implica estudiar los recursos y reglas socioculturales por los cuales se escribe la geografía política internacional, es decir, cómo se construyen las narrativas geográficas políticas globales e interactúa en ellas.

La presencia de los discursos ha sido permanente en el desarrollo de la geopolítica y la política mundial, presencia que ha implicado la caracterización del espacio geográfico, los lugares y habitantes circunscritos a ellos (Agnew, 2005). La importancia de los discursos en la argumentación de Agnew se justifica en la relevancia que adquieren ciertos significados que orientan ciertas prácticas y acciones, manifestándose en lo que denomina imaginación geopolítica moderna, lo que en esencia es ideológica, resaltando diferencias culturales y políticas que justifica las prácticas de los Estados en la política internacional (Agnew, 2005). De esta forma, la geopolítica crítica propuesta por Agnew se encuentra situada en las prácticas discursivas que utilizan las características geográficas para la formulación de narrativas, sirviendo de base material y simbólica para los discursos geopolíticos.

7. Geografía, geografía política y geopolítica desde el enfoque crítico. La perspectiva latinoamericana

La geografía, en cuanto ciencia social, encontró en los enfoques críticos oportunidad para avanzar en sus análisis, sistematizaciones y propuestas de trabajo. Además, estas coberturas de análisis teóricas contribuyen a la tensión entre la geografía (política) y la geopolítica, ya que ambas se allanan al abordaje crítico para precisar sus análisis, difuminándose y, en oportunidades, confundiendo la separación entre una y otra línea de análisis. Cabe mencionar que, de lo ya enunciado en este artículo, existen aspectos que son propios del abordaje crítico, sea en algunos autores, o bien, en la (re)significación del objeto de estudio. Conviene indicar que la geografía en general, tras sus evoluciones ontológicas y epistemológicas, encuentra en estas coberturas analíticas oportunidades de analizar la realidad desde una dimensión más comprometida respecto a explicar cómo se ejercen las relaciones espaciales de poder a escala global, pero también nacional e intranacional, en la multiplicidad de variables entre economía, política, cultura, tecnología, identidades territoriales, sociales o de género, medio ambiente, entre otras, en sus diversas combinaciones y actorías asociadas (no solo el Estado). Como indican Estenssoro y Orellana (2021), será este enfoque uno que tiene orígenes desde el mundo anglosajón en la década de los 80 en adelante, que, junto con interpretar la realidad desde un mayor compromiso de las geógrafas y geógrafos para decodificar esas relaciones, será deber de este enfoque crítico deconstruir los discursos hegemónicos de las potencias globales, pero también las de un capitalismo global, que no sólo cristaliza en esa escala, sino que en las intermedias (nacionales e intranacionales) y llega hasta la local o de lugar. La teoría crítica es el telón de fondo

de este modo de entender la geografía y la geopolítica, ya que hunde raíces en la dimensión posestructuralista y postmoderna, distinta a la radical (Estenssoro y Orellana, 2021).

Conviene indicar que este enfoque crítico de la geografía se relaciona o confunde regularmente con el radical, ya que este último tiene una relación analítica lineal con el materialismo histórico, la dialéctica y la interpretación marxista, al relevar de forma consistente la idea de que el espacio geográfico es una producción social, donde se encuentra involucrado el capitalismo en cualquiera de sus formas, y donde se evidencia la no neutralidad del mismo en su logro, comprensión, difusión y ocupación (ordenamiento).

Desde esta perspectiva y en esta distinción, que no implica tener zanjada la relación de las distintas variantes críticas y radicales en geografía, geografía política y geopolítica (con vasos comunicantes en lo epistemológico y ontológico), la región latinoamericana se ha dispuesto en su proceso político y sistematización del mismo, ocupando las definiciones teóricas antes dichas a una adecuación u horizontes epístémicos traducidos en una agenda de investigación que combina enfoques y temas funcionales a los nuevos (no tan nuevos) repertorios de análisis críticos (Preciado Coronado y Uc, 2010). En ese sentido, en esta relación entre geografía política y geopolítica (términos que se utilizan indistintamente), interesan destacar algunas perspectivas (prácticas espaciales) que provienen desde Latinoamérica, las que, recogiendo las definiciones sobre geografía crítica, pretenden densificarla, ello queda refrendado en el siguiente Cuadro N°3:

Cuadro N°3

Prácticas espaciales latinoamericanas de investigación en geopolítica crítica

Perspectiva	Descripción	Sub-perspectiva
Práctica(s) espacial(es) del poder	Tensión entre los establecido, normado y normalizado versus las re-interpretaciones.	Relaciones internacionales. Política exterior. Políticas interiores de los Estados.
Práctica espacial del conocimiento	Tensión entre el conocimiento occidental versus el popular, originario, decolonial, otros.	Historia del comercio internacional. Construcción de los Estados nacionales. Diseños globales versus historias locales. Nueva idea de América.
Práctica espacial anti-geopolítica y contra-representaciones de resistencia	Tensión combinada entre el poder geopolítico "material" de los Estados y las instituciones globales, más las representaciones impuestas por las élites políticas acerca del mundo, dispuestas para servir sus intereses.	Práctica espacial indígena. Práctica espacial feminista/de género. Práctica espacial ecologista-medioambiental.

Perspectiva	Descripción	Sub-perspectiva
Práctica espacial de la integración	Tensión entre la autonomía regional deseada en contexto de región en construcción, incorporando el influjo de la sociedad civil, pueblo, entre otros.	Revisión de los enfoques que critican tanto los modelos de desarrollo ortodoxos y de depredación natural insustentable. Revisión de los proyectos de integración regional.
Práctica espacial de los derechos humanos y la migración	Tensión entre respeto de los DD. HH. en sí mismo en cada territorio, también funcional al movimiento migrante.	Revisión y aplicación de DD. HH. Migración lícita e ilícita. Xenofobia. Seguridad fronteriza. Reterritorialización migrante.

Fuente: elaboración propia con base en Preciado Coronado y Uc (2010).

El Cuadro N° 3 permite una mirada panorámica atingente, en cuanto el hacer concreto devenidas en ‘prácticas espaciales’, las cuales, además, se entienden interrelacionadas y desafiadas con el correr del tiempo. Cada una de estas prácticas son problematizadas intensamente en una temporalidad en que algunas se encontraban muy vigentes, a propósito del proceso político global-internacional y regional, con regímenes políticos validados y en ejecución, replanteándose las definiciones atávicas de cómo entender el Estado-Nación, las identidades de todo tipo, procesos económicos (neo) extractivistas, entre otros, vía nuevas constituciones políticas en algunos casos (Venezuela de Hugo Chávez; Bolivia de Evo Morales y el movimiento MAS; Ecuador de Rafael Correa; Brasil de Luis Inácio Lula da Silva; y Chile de Michelle Bachelet). Mención especial merecen los feminismos, en cuanto posibilidad interpretativa de la realidad, que si bien tienen un desarrollo fecundo desde el mundo anglosajón y europeo (como el decolonial), en su aplicación regional encuentra la riqueza y singularidad epistémica.

Otros autores, centrando su análisis en la consistencia de la geopolítica desde lo ontológico y epistémico, afirman que una dificultad insoslayable de la misma en Latinoamérica y Sudamérica en específico fueron las dictaduras civiles-militares las que capitalizaron el análisis geopolítico, reduciendo su análisis y aplicación a cuestiones ideológicas y eminentemente militares (Guerra Fría), que es continuidad de un importante influjo histórico de los militares en esta dimensión, sin necesariamente lograr un contrapeso civil-universitario en el análisis (Cabrera, 2019). También destaca Cabrera (2019), el incipiente abordaje de la geopolítica crítica versus lo que denomina clásica, al reducirla al reconocimiento de mayores actores del sistema internacional. Mención especial les asigna a los esquemas de integración o cooperación internacional regionales, situados en la cercanía con EE. UU. (lo que implica poder hegemónico permanente), pero que inevitablemente obliga una línea de investigación y acción a rescatar, como también la referida a los recursos naturales (amazonas, océanos, petróleo, litio, gas natural, otros), que son parte ineludible de la ecuación de los ejercicios de cooperación o integración regional.

Salas (2011), en línea con lo referido en el Cuadro N°3, releva los procesos sociales en clave de movimientos sociales de resistencia como oportunidad de análisis desde una geografía política, sindicando la calle como un escenario privilegiado para ello. Conviene señalar que, en el marco de los movimientos sociales chilenos, registrados desde el 2010 (incluso antes), hasta el denominado estallido o revuelta social, se acuñó la idea de la geografía de la multitud (Orellana, 2024) como concepto geográfico espacial que busca encuadrar la protesta social con sentido territorial e inorgánico en su conducción (regiones-comunas-barrios), y que influye en la toma decisiones referidas a políticas descentralizadoras, ambientales, entre otras. La geografía de la multitud debiese enmarcarse en una geografía crítica, geografía política crítica o una geopolítica crítica, en el entendido que busca relevar las relaciones espaciales de poder, más allá de las instituciones formales, desafiando consensos vigentes, para articular otros o, ajustando los vigentes.

Por otra parte, Estenssoro (2014, 2019, 2022), viene desarrollando una línea crítica de ciencia política, geografía y geopolítica desde la dimensión ambiental, deconstruyendo el discurso oficial proveniente desde los poderes centrales políticos, económicos, sociales, culturales, entre otros, mediados regularmente por las expresiones nacionales institucionales y de sociedad civil alineadas con esos preceptos centrales. Desde ahí, la geopolítica ambiental, generalmente gestionada desde los centros del poder, tendría que ser reutilizada en código latinoamericano vía cooperación e integración regional, asumiendo la condición estratégica de los recursos naturales de la región, entre otros.

8. A modo de conclusiones

La geografía y sus derivadas analíticas, como ocurre con otras ciencias sociales, se encuentra en una tensión regular conforme pasa el tiempo, lo que permite la innovación analítica desde lo epistemológico, que a la postre está muy de la mano respecto de cómo los hechos sociales, políticos, económicos y culturales (entre otros) se despliegan en la realidad concreta, al exigir ajustes de las epistemes, sea desde lo conceptual-teórico, conceptual-empírico y hasta de las herramientas metodológicas que permiten el rescate de información, su sistematización, interpretación y posterior recomendación de acción práctica o teórica.

Se describió en el artículo el tránsito evolutivo del espacio geográfico en cuanto objeto de estudio de la geografía y geografía política donde la forma estatal captó, sino la totalidad del interés investigativo y de propuestas a considerar, parte importante de las mismas. De ahí, ante la constatación que el hecho geográfico político estatal no era la única concreción de estudio de la geografía y la geografía política, se colocó, sin renunciar a la forma Estatal, foco en que las relaciones de poder, o bien, las relaciones espaciales de poder, las que cristalizan más acá y más allá de los estados, agregándole, además, la variable social como una determinante explicadora de la producción del espacio geográfico, entendido además como un producto social en permanente dinamismo. La cuestión

del género se erige como un aporte que enriquece la reflexión y las preguntas de investigación.

Insoslayable es el compromiso analítico que debe realizarse con la geopolítica, la cual encuentra asiento epistémico en la geografía y geografía política en particular, sin perjuicio del reclamo que puedan realizar la ciencia política o con más énfasis las relaciones internacionales como herramienta analítica. Importa indicar que esta situación es ineludible en la maduración y tensión de la ciencia geográfica que, situada en la idea de paradigma Kuhniano (no abordado en este artículo en la profundidad conceptual requerida), el de la geografía, por lo menos ha ido ajustándose en tensiones, perturbaciones, hasta crisis, lo cual ha permitido revoluciones funcionales a nuevas formas analíticas, o por lo menos complementarias, al ser la geopolítica una forma plausible de explicarla y aplicarla en sus derroteros de luces y sombras históricas.

En este camino descrito, como ocurre con otras disciplinas de las ciencias sociales, la idea-acción de la multi e interdisciplinariedad, a la geografía y geografía política le vino y viene bien. Conviene indicar que, en teoría geográfica, siempre se afirma que por ser esta ciencia una de relaciones con su objeto de estudio como es el espacio geográfico, precisa de otros saberes para construir sus métodos y enfoques analíticos.

Son varias las perspectivas y autorías en este campo disciplinar que no se encuentran aquí, provenientes desde el mundo desarrollado como del subdesarrollado, o periférico, como indican algunos autores. Sin embargo, sin perjuicio de esa limitación, se visibiliza una dimensión central, como es, entre otras, que el espacio geográfico comporta relaciones de poder que se materializan en múltiples formas institucionales interrelacionadas todas, y que se encuentran en permanente mutación, donde quienes tengan más conciencia de este dato podrán tomar mejores y más asertivas decisiones para sus propios intereses y para el común interés, si es que lo desean.

Quedan algunas preguntas abiertas, entre ellas, ¿qué profundidad lograrán los esfuerzos periféricos-latinoamericanos en consolidar teoría de la geografía política y geopolítica en orden a las prácticas expuestas en el Cuadro N°3?, y desde esa perspectiva ¿cómo la producción teórica desde esta dimensión de las prácticas consignadas se relaciona con la transición del sistema internacional, el que ofrece tensionar las prácticas descritas y, quizás, plantear otras? Y finalmente, ¿cómo la academia latinoamericana cristalizada en los centros de estudios universitarios, entre otros, asume el desafío de contener la producción e interpretación de los influjos militares en estas materias? Estas preguntas son sólo una aproximación de varias más que se encuentran ya avanzadas bajo otros análisis y realidades. Sin lugar a dudas, las posibilidades de incrementar los avances es una necesidad disciplinar, pero también política, en cuanto y tanto de geografía política y geopolítica en este artículo se reflexionó.

Referencias bibliográficas

- Agnew, J. (2005). *Geopolítica. Una re-visión de la política mundial*. Trama Editorial.
- Bravo, J. (2014). Una nueva perspectiva del estudio del escenario mundial: geopolítica y relaciones internacionales desde una epistemología de la imaginación. *Intersticios Sociales*, (8), 1 – 27. <https://www.scielo.org.mx/pdf/ins/n8/n8a1.pdf>
- Brunet, R (1980) Prefacio. En Raffestin, C. *Por una geografía del poder*. Editorial El Colegio de Michoacán.
- Cabrera, L. (2019). Una discusión disciplinaria y epistemológica y su aplicación en el caso sudamericano. *Cinta moebio*, (66), 366-379. <http://dx.doi.org/10.4067/s0717-554x2019000300366>
- Cairo Carou, H. (1997). Los enfoques actuales de la Geopolítica. *Espiral*, 7(9), 49-72. <https://www.redalyc.org/pdf/138/13870903.pdf>
- Cuadra, D. E. (2014a). Teoría de la geografía: reflexiones en torno a la identidad de la disciplina. *Perspectiva Geográfica*, 18(2), 325-346. <https://doi.org/10.19053/01233769.2681>
- Cuadra, D. E. (2014b). Los enfoques de la geografía en su evolución como ciencia. *Geográfica Digital*, 11(21), 1-22. <https://doi.org/10.30972/geo.11212186>
- Estenssoro, F. (2014). *Historia del debate ambiental en la política mundial 1945 – 1992. La perspectiva latinoamericana*, editorial USACH. <https://editorialusach.cl/producto/historia-del-debate-ambiental-en-la-politica-mundial-1945-1992-la-perspectiva-latinoamericana/>
- Estenssoro, F. (2019) *La geopolítica ambiental global del siglo XXI. Los desafíos para América Latina*, Ril Editores.
- Estenssoro, F. (2022). Crisis ambiental y soberanía. Las bases del neo-imperialismo verde. En Estenssoro, F. y Vásquez, J. (Coord.) *La geopolítica ambiental de EE. UU y sus aliados del norte global. Implicancias para América Latina* (pp. 95-117). Editorial CLACSO. <https://biblioteca-repositorio.clacso.edu.ar/bitstream/CLACSO/169336/1/Geopolitica-ambiental-EEUU.pdf>
- Estenssoro, F. y Orellana, J. (2021). La geopolítica crítica anglosajona y sus críticos: un debate teórico que aporta al análisis en política mundial. *Estudios Avanzados*, 35, 55-68. <https://doi.org/10.35588/estudav.v0i35.5324>
- Frutos Mejías, L. (1986). *Geografía, espacio y poder*. Universidad de Extremadura. <http://hdl.handle.net/10662/9065>
- Gómez Mendoza, J. (2017). La geografía humana como ciencia social. En Romero, J. (coord.), *Geografía Humana en España*. Universitat de València. <http://josefinagomezendoza.com/wp-content/uploads/2012/04/La-geogra%C3%ADA-humana-como-ciencia-social.pdf>
- Harvey, D. (2004). *The new imperialism*. Oxford University Press.
- Kaplan, R. (2020). *La venganza de la geografía*, Editorial RBA.
- López Trigal, L. y Benito del Pozo, P. (1997). *Geografía Política*. Ed. Cátedra.
- López Trigal, L. (2015). *Diccionario de geografía aplicada y profesional. Terminología de análisis, planificación y gestión del territorio*. Universidad de León.
- Marshall, T. (2017). *Prisioneros de la geografía. Todo lo que hay que saber sobre política global a partir de diez mapas*. Ed. Peninsula.
- Massey, D. B. (1994). *Space, place and gender*. University of Minnesota Press.
- Nogué, J. (1998). *Nacionalismo y territorio*. Editorial Milenio.
- Ó Tuathail, G. y Agnew, J. (1992). Geopolitics and discourse: Practical geopolitical reasoning in American foreign policy. *Political Geography*, 11(2), 190-204. [https://doi.org/10.1016/0962-6298\(92\)90048-X](https://doi.org/10.1016/0962-6298(92)90048-X)
- Orellana, J. (2024) Geografía de la multitud y su vínculo con la descentralización. En Arenas, F. Orellana, J. y Carter, V. (Eds.), *Relaciones espaciales de poder. Desde los consensos vinculantes a la descentralización* (pp.46 – 92). Instituto de Geografía Pontificia Universidad Católica. https://geografia.uc.cl/wp-content/uploads/2025/04/GEOlibro-42-REL.-ESPACIALES-PODER_Arenas_et_al_EDS_2024.pdf
- Ortega Valcárcel, J. (2000). *Los horizontes de la geografía. Teoría de la geografía*. Editorial Ariel.
- Paulsen, A. (2015). Los aportes de Friedrich Ratzel y Halford Mackinder en la construcción de la geografía política en tiempos de continuidades y cambios, *Revista de geografía Espacios*, 5(9), 64-81. <https://doi.org/10.25074/07197209.9.372>
- Paulsen, A. (2021). El pensamiento geográfico como acción y como resultado. Las relaciones entre la producción de un modo específico de pensar y la generación de conocimiento científico. *Revista de Geografía Norte Grande*, (78), 9-28. <https://doi.org/10.4067/S0718-34022021000100009>
- Preciado Coronado, J. y Uc, P. (2010). La construcción de una geopolítica crítica desde América Latina y el Caribe. Hacia una agenda de investigación regional. *Geopolítica(s). Revista de estudios sobre espacio y poder*, 1(1), 65-94. <https://revistas.ucm.es/index.php/GEOP/article/view/GEOP1010120065A>

Raffestin, C. (1980). *Por una geografía del poder*. Editorial El Colegio de Michoacán.

Salas, L. (2011). Ejes teóricos para una geografía política de América Latina. *Revista Geográfica de América Central*, 2(47E), 1-15. <https://www.revistas.una.ac.cr/index.php/geografica/article/view/2235>

Sánchez, J. E. (1992). *Geografía Política*. Editorial Síntesis.

Sanguín, A. L. (1981). *Geografía Política*. Editorial Oikos-Tau.

Santis, H. (1990). La Estructura del espacio político. *Revista Norte Grande*, 17, 53-65. <https://revistadisena.uc.cl/index.php/RGNG/article/view/39857>.

Talledos, E. (2014). La geografía: un saber político, Espiral (Guadalajara),21(61).15 – 49. https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1665-05652014000300002

Taylor, P. (1992). *Geografía política: Economía – mundo, Estado – nación y localidad*. Trama editorial.

Uribe, G. (1996). *Geografía política. Verdades y falacias de fin de Milenio*. Ed. Nuestro Tiempo.

Vicente Rúfí, J. y Nogués, J. (2001). Geopolítica, identidad y globalización, ed Ariel, España.